

ÁLVARO ENRIGUE

Hipotermia



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

- Portada
- La pluma de Dumbo
- Escenas de la vida familiar
 - Superación personal
 - Gula o la invocación
 - Diario de un día de calma
 - Meteoros
- Salidas decorosas
 - Inodoro
 - Ultraje
- Mugre
 - Refrigeración
 - Terapia: China
 - Saliva
 - Terapia: Gringos
 - San Bartolomé
 - Terapia: Duplicidad
 - Padre
 - Terapia: Terapia
 - Blanco
- Grandes finales
 - Extinción del dálmata
 - Sobre la muerte del autor
- «Dos vales rumbo a la civilización»
 - Salida de la ciudad de los suicidas
 - Retorno a la ciudad del ligue
- Créditos

A la Güera Huntington

LA PLUMA DE DUMBO

Soy un escritor de categoría, pero nadie lo sabe. Se lo dije ayer a mi hijo. No fue la primera vez; suelo decirlo cuando bebo de más. Eres un empleado respetable en un periódico decente, me respondió mirándome a los ojos. Él también había bebido demasiado. Soy escritor –volví a decir–, tal vez un mal escritor. Eso nunca lo había dicho. Su respuesta fue aún más novedosa. Sonrió con cierta crueldad –es una sonrisa que le conozco desde niño–, y dijo: A ver, cuándo has publicado un libro; para ser escritor se necesita tener libros.

Me levanté de la mesa y me encerré en el baño. Me senté a fumar sobre la taza tapada. Desde ahí escuché que Estela lo reprendía. Le recordó –así lo dijo: *Permíteme recordarte*, lo que quiere decir que ya habían discutido el tema– que yo renuncié a escribir de tiempo completo justo en el momento en el que ella me anunció el embarazo. Quería para ti –siguió mi mujer con la reprimenda– los privilegios que tu abuelo le concedió; no podría haberte dado lo que recibiste con sus artículos, menos con los libros, que eran tan buenos que nadie se los quería publicar.

La afirmación de Estela no es exacta, pero ya forma parte de la mitología familiar y nos gusta creer que eso fue lo que pasó. En primer lugar siempre he tenido un trabajo estable que respalde la vida intensamente literaria que llevamos hasta la fecha: es imposible, por ejemplo, vestirse como escritor con lo que se gana escribiendo. Nunca jamás vivimos de mis artículos, en todo caso bebimos de ellos, y fueron tragos más bien corrientes. Además fue uno solo de mis libros el que nadie quiso publicar por la sencilla razón de que sólo terminé ése, pero en ese momento no estaba yo para desmentidos, encerrado en el baño y fumando.

Salí hasta que estuve seguro de que Sebastián había dejado el departamento. Estela fregaba los platos. Sin decir nada, me serví otra copa de anís y me vine a sentar a mi escritorio; encendí otro cigarro. Las reglas no dichas de la casa señalan que aquí tengo derecho a fumar tanto como se me dé la gana. Incomoda que lo haga, pero se tolera porque sería más molesto que cerrara la puerta. También aquí puedo beber solo sin despertar sospechas. Me ampara el mito que liga al alcohol y la escritura.

Hace años, treinta o treinta y cinco, cualquiera se habría sorprendido si le hubieran dicho que terminé por dedicarme a algo que no

fueran las letras; todo nuestro círculo de amistades conocía bien mi vocación y la mayoría habría opinado que tenía buenas posibilidades de alcanzar algún éxito, dada la velocidad con la que me encaramé en los medios literarios. Unos cuantos –Estela la primera– confiaban en que alcanzaría las alturas de la celebridad. Era una jovencita cándida y deslumbrante; yo tenía carisma; lo conservo todavía, pero ya no tengo interés en utilizarlo. Un día en una cena con invitados más o menos distinguidos –tampoco tanto– un conocido muy borracho dijo de nosotros: Son renacentistas. Y lo éramos en cierta medida: visitábamos librerías de viejo, asistíamos a conciertos y exposiciones, hacíamos largos viajes por el país, sabíamos de cine y bailábamos con gracia. No teníamos mucho dinero, más bien muy poco, pero nunca sufrimos mayores privaciones. Nuestras familias nos proveían de ayudas en especie que a nadie incomodaban.

Ella todavía supone –o acaso esté acostumbrada a suponer, o me deja creer que supone– que puedo llegar a escribir un libro que alguien publique algún día. Yo también lo esperaba hasta que vi ayer esa sonrisa cruel que tan bien me conozco: de mi hijo vino todo lo mejor que me ha sucedido en la vida, aunque a veces tuve que sacarlo con tirabuzón. Tal vez esta liberación tan ingrata y de aire tan definitivo era lo único que le faltaba por concederme.

Cuando Estela terminó de fregar los platos pasó a darme las buenas noches al estudio. Tenía algo que decirme, pero se contuvo: le produce un curioso respeto verme frente a la computadora, como si de verdad fuera yo capaz de escribir algo que valiera la pena.

Naturalmente, no era el caso: trabajaba en el artículo que entregué hoy para la sección de *Vida y estilo*. Le encantó al editor. Me volvió a recomendar, con su odiosa y petulante pronunciación de marica, que dejara el Departamento de Personal para dedicarme al periodismo. Nunca es tarde para empezar, me comentó. Le señalé que esperarí­a mi jubilación para ponerme a escribir de tiempo completo. Lo dije por costumbre, sin darme cuenta. Se puso a mi servicio para cuando lo hiciera: tiene amigos en el medio. Por supuesto que me aguanté la risa, ¿qué podrían ofrecerle a un hombre como yo sus amigos? Al salir de su oficina palpé con la mano derecha la pluma de oro que me regaló mi hermana cuando terminé la licenciatura en Letras. La llevaba en la bolsa de la camisa. La llamamos la pluma de Dumbo porque hasta hoy fue para mí una suerte de talismán: con ella escribí la primera página de todas las novelas que luego nunca terminé. Le di un par de palmaditas mientras caminaba por el pasillo pensando en el tequila que tomaría como aperitivo unas horas más tarde. Sebastián pediría un vodka tónico. Siempre es

igual: yo Herradura y él Absolut Azul. Con la comida yo selecciono el vino. Al final él toma Carlos I y yo Chinchón seco con un hielo.

Cuando terminé el artículo que tanto conmovió al idiota de *estilo* me fui a la cama. Estela seguía despierta. Ha de haber supuesto que me sentía deprimido por lo que había dicho nuestro hijo y yo me creía merecedor de algún consuelo: después de todo, ni él ni ella sabían que el comentario había terminado por sentarme bien. Me abrazó intensamente y terminamos haciendo el amor como dos elefantes; estamos demasiado ajados para hacerlo de otra forma. Cuando acabamos me dijo entre resuellos que Sebastián me mandaba pedir disculpas por su grosería. Me invitaría a comer en Los Álamos, que me gusta tanto.

Es un muchacho de buen corazón; si no, cuando menos tiene palabra. Me llamó a las once y media, cuando yo venía regresando de entregar mi artículo. Después de intercambiar saludos me preguntó cómo estaba. Le respondí entre suspiros que bien. Pues no se nota, me dijo. Sin restarle compungimiento a mi voz mencioné que tenía problemas en el trabajo. ¿Graves?, interrogó. Lo de siempre. Me propuso que comiéramos juntos para que le contara. Mencioné que me hubiera encantado de no ser porque en los días de humor sombrío prefiero comer solo y en mi escritorio. Me rogó que lo acompañara a Los Álamos para ver si así me animaba. Quedamos de vernos a la tres y media.

Había algo de trabajo, pero yo no tenía ninguna voluntad de hacerlo, por lo que me encerré a piedra y lodo y me recosté en un sillón a esperar la hora de la comida, planeando mi nueva vida. Me levanté a las tres en punto, me unté loción y salí a la calle. Llegamos casi al mismo tiempo. Obviamente él había estado trabajando hasta el último minuto. Venía agitado: primero se sentó y después trató de quitarse el saco.

A diferencia de mí, Sebastián es el tipo de persona que ama y respeta su empleo. Ésa es otra de nuestras discusiones eternas. Dice que tanta responsabilidad se debe a su profesión: yo puedo olvidar firmar un cheque y no pasa nada: un leve retraso para un cobrador anónimo. Si él pasa por alto el cálculo del peso de una estructura su olvido podría costar un montón de vidas. Siempre que lo menciona le recuerdo que yo me opuse a que estudiara ingeniería: Esa carrera, le dije, no puede traerte más que incomodidades y frustraciones. A menudo se muestra orgulloso de haber cumplido con su vocación a pesar de los sarcasmos que nunca he dejado de propinarle. Alguna vez mencionó incluso que si lo hubiera dejado ver televisión como al resto de los niños tal vez se habría dedicado a las

humanidades; asegura que fueron las tortuosas tardes que pasé explicándole las virtudes del *Tesoro de la juventud* las que le alejaron definitivamente de la cultura. Hoy me digo que tal vez tenga razón, pero me lo digo por primera vez y demasiado tarde.

Mientras lo veía forcejear por desembarazarse de su saco se me ocurrió que tal vez podría hacerlo sufrir un poco más fingiéndome deprimido. Sin embargo supuse que aquello le restaría vigor al acto que estaba por representar. Me mostré radiante. Comentó que le parecía yo mucho más animado que cuando habíamos hablado por teléfono. Le dije que las cosas iban mejor en la oficina y llamé al mesero. ¿Lo de siempre?, preguntó. Respondí que sí con satisfacción y me quedé callado. Después de un silencio bastante incómodo me dijo: Veo que traes la pluma de Dumbo, ¿vas a empezar otra novela? Estaba severamente preocupado por su majadería de la noche anterior, dado que hizo una referencia directa al problema de la escritura. No, le respondí, y me volví a quedar en silencio, gozando de su nerviosismo.

No hubo más que decir hasta que volvió el camarero con nuestras bebidas. La suya venía puesta. Me bebí mi tequila de un tirón. ¿Otro, señor?, preguntó. Idéntico. Sebastián se alarmó: nunca me había visto hacer eso. Tomó por los cuernos al toro de las emociones y me dijo: Sobre lo de anoche. En ese momento lo interrumpí con un gesto. Le dije: Sírvete el agua quina antes de seguir. Me obedeció, lo cual, valga decirlo en su mérito, casi siempre ha hecho; salvo con lo de la ingeniería. Mientras vaciaba el contenido de la botellita de quinada en su vaso yo extraje la pluma de Dumbo de la bolsa de mi camisa. La destapé ceremoniosamente frente a sus narices. Si esto te asusta –le dije–, no quiero ni imaginarme qué pensarás con lo que sigue. Acto seguido sumergí la pluma en su vaso. La tinta manaba como el hilo de humo de un cigarro elevándose hacia los hielos. Se mostró escandalizado, no sé si por mis desvaríos o porque le estaba echando a perder el vodka. Moví los hielos con mi singular agitador, y le dije: Aquí te dejo mi pluma de Dumbo; soy un empleado respetable en un periódico decente y estoy muy bien. Luego salí corriendo del local ante la mirada atónita del mesero, que volvía con mi segundo tequila.

Estela no comentó nada durante la cena, lo que me hace pensar que Sebastián se encuentra aún tan confundido que ni siquiera la ha llamado. Tal vez piense todavía que su rudo comentario de anoche terminó con lo que me quedaba de cordura. Quizá tenga razón. Estoy con mi anís y mi cigarro frente a la computadora, y estoy escribiendo con más soltura que nunca. Tal vez mañana después de la

cena se me antoje fumar fuera del baño. Vendré a instalarme aquí y para justificar mi copa escribiré algún cuento; una historia triste y nada literaria a la que le sigan otras parecidas. Serán historias sobre personajes sin preguntas difíciles ni sentimientos patéticos; sujetos menores por los que nadie se haya preguntado y nunca hayan visitado París. Gringos, por ejemplo. Gringos comunes y corrientes de los que uno ve por la calle haciendo turismo en sus bermudas. O no. Tal vez done los libros que con tanto trabajo he acumulado. Regalaré la computadora y venderé el escritorio. Entonces me compraré una televisión gigante y un sofá mullido. Haré de este estudio mi obra maestra.

Escenas de la vida familiar

SUPERACIÓN PERSONAL

En la siempre temible y sobrevaluada imaginación popular, un autor con éxito comercial es algo que se llega a ser, no algo que uno fue; los escritores –barba blanca, sillón de piel, burbon con hielo en el puño– recuerdan con nostalgia los días del hambre, pero no al revés. Según esta idea del mundo, el capital del éxito es inagotable. Mi caso fue el contrario: durante una extraña suma de meses fui el secreto y aliviado autor de un bestseller. Suena raro, pero juro que es verdad.

La inversión de términos es una técnica narrativa tan común, que cuando un editor se la encuentra en un manuscrito, le produce cierta comezón y, seamos honestos, algo de hueva: empezar diciendo cositas esquivamente alrevesadas –como que *fui* un bestseller– es una estrategia típicamente amateur que al parecer supone a los lectores como si fueran pájaros fabulosos a los que hay que atrapar en la jaula de los libros.

El hecho de que el verbo *ser* esté en pasado en el arranque de esta historia que de ninguna manera pretende ser un cuento, sino una confesión, no es entonces la prueba de que si uno empieza diciendo algo raro, su texto se vuelve automáticamente publicable. Es más bien la demostración de varios fenómenos propios del mundo editorial, en general tristes e ignorados: que se puede ser un autor comercialmente exitoso y luego dejar de serlo, que los libros –a pesar de que en el mundo exterior son considerados sinónimo de permanencia– son tan olvidables como una estrella de *Siempre en Domingo* –hay toda una generación por ahí que ni siquiera sabe qué es *Siempre en Domingo*–, que el dinero va y viene y uno ni se entera de cuándo vino, que una historia puede empezar con términos levemente tergiversados y aun así estar contando una verdad palmaria.

Mi casual, fulgurante y perfectamente desaprovechado paso por las listas de libros más vendidos sucedió antes, incluso, del inicio de mi trabajosa y más bien sufrida carrera de escritor. Tenía veinticinco o veintiséis años, una vida desordenada que arrancaba cuando muy temprano al mediodía y cierta legitimidad como crítico literario de línea dura. Algunas variables, además, hacían de mi situación vital una calamidad: por un lado, había perdido un buen trabajo en el departamento editorial de una universidad privada por estar hacien-

do, en horas de oficina, traducciones pésimamente pagadas de libros de autoayuda; por el otro, Cathy, mi mujer, había decidido unilateralmente que había llegado el momento de hacer bebés y dejó las clases que daba en una academia de inglés para cocinar uno; el guarismo que terminaba por volar la ecuación estaba en la acumulación de una deuda impagable en una tercia de tarjetas de crédito que inflamaban mi cartera.

Durante una de esas elegantes comidas que luego nadie es capaz de pagar en nuestro republicano mundo literario, le increpé al editor de libros de autoayuda que había perdido mi trabajo con seguro médico y vales de supermercado por culpa de su traducción. Ya estaba yo un poco borracho, de modo que con la ingratitud propia de mi estado, dije toda clase de majaderías sobre su negocio. Me respondió, con un orgullo profesional insospechado que acaso floreciera sólo cuando era regado con tequila, que si leyera los libros que él publicaba tal vez mi vida no sería tan deprimente y miserable. Aguanté la pulla básicamente porque estaba de acuerdo en lo de la depresión y la miseria, pero le respondí que sus libros eran tan malos que no leería ni siquiera uno que yo hubiera escrito. Se me quedó mirando fijamente desde la superior hombría de quien ha bebido un poco más que su interlocutor, infló los carrillos, apretó los labios y respondió que eso era imposible, que uno necesariamente va leyendo lo que escribe. Entonces, mea culpa, en lugar de mearme de risa hice un alarde: le dije que podría escribir uno de sus libros trabajando sólo una hora al día y sin releer ni una puta palabra. Me respondió que al día siguiente me mandaba un contrato para ver de qué cuero salían más correas. El mensajero de su compañía me despertó a las tres de la tarde para que lo firmara.

A diferencia de los contratos por obras literarias terminadas, los de los libros de superación personal incluyen una suerte de instructivo sobre cómo escribirlos: como son productos estrictamente comerciales, obedecen a un apretado estándar que viene desglosado en términos legales: deben tener tantos capítulos y esos capítulos deben estar compuestos de tantas páginas integradas por párrafos de no más ni menos de, por ejemplo, cinco frases con un máximo de tres cláusulas. El tema y hasta el título del libro vienen claramente especificados –los antecede una investigación de mercado– y hay que comprometerse, a riesgo de perder el adelanto de regalías, a entregarlos en una fecha específica que en mi caso eran cuatro semanas a partir del momento de la firma. El título de la obra que la editorial me consignaba era: *Disciplina: la magia blanca del hombre de éxito*.

Aunque después de leer el contrato cuidadosamente pensé en pedir seis meses para entregar el libro, mi mujer –que lo iba leyendo sobre mi hombro de manera por demás irritante– me hizo notar que tal vez valiera la pena hacer el esfuerzo porque ya tenía siete meses de embarazo y mis tarjetas de crédito no iban a pasar la prueba de admisión al hospital para el parto. Firmé en caliente.

En los primeros días traté de mantener mi injustificable horario de estrella literaria: levantarme al mediodía, comer con alguna celebridad menor y de preferencia seguir la tarde bebiendo con ella, luego volver a casa –si no había una presentación de libro o coctel editorial–, cenar, tomar mucho café y dedicar la mitad de la noche a las letras.

Pronto me di cuenta de que si seguía trabajando como lo estaba haciendo, ni iba a terminar el libro de autoayuda –la presión del parto era mucha, pero lo que más me podía era la dignidad invertida en el alarde cantinero–, ni iba a poder leer los libros y escribir los artículos con los que mal que bien pagábamos la renta del cuarto de azotea en que vivíamos y el supermercado obligatoriamente vegetariano del que comíamos. Empecé entonces a levantarme a la hora en que Cathy se iba a caminar por el deprimente Parque de los Venados para escribir de manera más o menos automática durante las primeras dos o tres horas del día. Luego a corregir sin parar hasta la hora de la comida. Por la tarde trabajaba en los artículos de línea dura y me acostaba más o menos temprano para poder estar escribiendo el bodrio de autoayuda al filo del amanecer siguiente.

No guardo un buen recuerdo de aquellos días más bien aciagos, pero la máquina del trabajo concentrado me hacía sentirme, por primera vez, una parte adulta de la oronda clase media para cuya defensa y reproducción, mal que pese, fui educado.

Terminé el libro a tiempo y lo entregué, con la honra intacta de los vencedores, para publicación con seudónimo. Era infame. Nos gastamos el adelanto de regalías en pagar una de las tarjetas de crédito, el parto y los pañales de los primeros dos meses de vida del bebé.

Las cosas se estaban poniendo oscuras en casa nuevamente –vas a tenerlo que amamantar hasta los quince años, le decía a mi mujer–, cuando llegó el primer signo de que algo había cambiado en mi vida profesional: la señorita de relaciones públicas de la editorial empezó a llamar diario para pedirme que concediera entrevistas. El asunto me cayó de diversión e hice algunas de radio, pero nunca acepté, para no mancillar mi orgullosa carrera de crítico sin lectores, hacer ni periódicos, ni televisión, ni nada que pudiera involucrar la

exposición de mi imagen. Impostaba la voz y me apropiaba de un personaje que creía religiosamente en las burradas que contenía mi propio libro.

Le acababa de pedir prestado dinero a mi padre –las tarjetas de crédito más hinchadas que nunca–, cuando llegó el asombroso primer cheque por las ventas del libro. Sólo voy a decir una cosa: nos fuimos a Italia seis meses, a criar al niño con soltura y evitar el asedio de los entrevistadores, que ya cercaban a mi personalidad auténtica. Cuando regresamos había otros dos cheques: compramos un coche y sobró tanto dinero que cuando llegó el siguiente compramos el departamento con el que venía el cuarto de servicio en el que vivíamos. A partir de entonces las entradas de capital empezaron a adelgazar, pero no lo sentíamos tanto porque ya ganaba yo más, traduciendo en las mañanas libros mejor pagados por una editorial respetable.

No voy a decir que no nos hayamos entristecido el primer trimestre en el que ya no llegó un cheque de regalías, pero tampoco fue tan importante porque Cathy ya había tomado algunos estudiantes particulares y yo estaba concentradísimo en ocupar las tardes en lo que se convirtió en mi primera novela, de la que se vendieron cuatrocientos airosos ejemplares.

GULA O LA INVOCACIÓN

Un buen día decidimos salir de México hacia donde fuera: al menos yo, no podía soportar más la capital; tampoco al gobierno ni a la oposición; ni a los compañeros de trabajo, ni a mis vecinos y sus hijos infinitamente maleducados, ni las colas en el banco y las declaraciones trimestrales al sistema tributario. Como teníamos algún dinero ahorrado, podíamos instalarnos sin padecer mucho en una ciudad novedosa y extranjera, así que después de barajar toda clase de posibilidades cerramos la discusión en dos destinos, uno glamoroso y arriesgado en el que podríamos seguir llevando nuestra vida intensamente literaria, y otro seguro en el que me dedicaría a profesor universitario. Luego dejamos que el azar decidiera a cuál de los dos iríamos a parar. Era julio y la fecha de partida quedó para enero.

Irse es mucho más laborioso de lo que parece: terminamos invirtiendo nueve meses en dejarlo casi todo en orden. Un día cualquiera me encontré en el pasillo de las verduras del supermercado a un amigo astrólogo –severo y profesional en la medida en que lo permite su oficio– al que siempre fui renuente a consultar porque he leído a los griegos. Alguna vez me hizo una carta astral y por mis miedos nunca la revisamos.

En la tienda me dijo que había estado pensando en mí y que a lo mejor convenía que nos viéramos. Fui con la esperanza de que la vida resuelta en la superstición antigua de la astrología dijera en qué ciudad nos esperaba el destino.

Supe rápido en mi primera, brutal y única visita a su consultorio que las banalidades geográficas no salen en el horóscopo. Me salió un descenso a los infiernos que se abría y cerraba con dos muertes: una terrible en febrero –alguien de tu familia, dijo, tu mamá, tu hijo, Cathy, uno de tus hermanos– y otra más tarde, entre abril y agosto, que si no tomaba precauciones sería la mía.

Había más noticias infames, aunque con menor contenido de fatalidad. Vas a perder el trabajo en diciembre, me dijo por ejemplo. Es que voy a renunciar porque me voy en enero, respondí. No, insistió, te van a correr y te vas a ir después de abril, si es que sigues vivo. Mi gata preferida –persa, negra, hosca– también aparecía. Hay un animal aquí, me dijo, se cree el guardián de tu casa. Es Gula, le respondí. Se sacrificaría –siguió– por salvarte a ti o a cualquiera de tu tribu.

Ya que habíamos terminado le pregunté si había algo que sirviera de conjuro. Mirábamos a una calle horrible desde la ventana de su oficina. Eres escritor, ¿no?, me respondió. Más o menos, le dije. Escríbelo; a veces puede servir como pararrayos.

Recordar, como narrar, es poner orden donde nunca lo hubo. La sesión con el astrólogo fue en realidad más confusa y sus dictados menos claros. Salí del consultorio alterado pero inconsciente de que lo estaba, como el que ha tomado mucho café. Ya en casa le conté a mi mujer una versión sin desgracias —ciertamente breve— de la cita. Porque más vale prevenir que lamentar, empecé a escribir casi a escondidas una historia en la que un gato se sacrifica por un hombre y su descendencia.

Llegó el mes de diciembre y me recortaron de la empresa en la que había sido empleado por años. Tú habías dicho que te ibas en enero y nosotros hicimos nuestros planes, me dijo el jefe tratando de que entendiera que no era personal, como si pudiera no serlo. A principios de febrero, justo por las semanas en que me deslizaba en la ficción hacia la muerte del gato, la policía tocó una madrugada el timbre de mi casa. Traían a uno de mis nueve hermanos enjaulado en la parte trasera de la patrulla y con el pecho partido. Lo traían así y tan a deshoras porque en un accidente mortífero arrolló un poste de luz y eso eran daños a la nación.

Para entonces ya habíamos cancelado las cuentas de banco, así que subí por un rollo de dólares. Llegué al precio y un vecino con el que guardaba cierta amistad se lo llevó al hospital en lo que yo repartía propinas para recobrar los restos del coche —escalofrantes— y para que se olvidaran de nuestros nombres y domicilios para siempre.

Cuando muchas horas después volví a casa, Cathy me preguntó si ésa había sido la desgracia que estaba esperando. Cuál desgracia, le respondí. La que te adivinó el astrólogo. Los astrólogos no adivinan nada y mi hermano va a estar bien, le dije. No te hagas. Déjé sin terminar la historia del gato y volví a trabajar en un libro que había que lanzar antes de irnos.

Finalmente mi mujer y yo acabamos casi todo lo que habíamos comenzado en el Distrito Federal y a mediados de mayo salimos del país en una memorable mudanza con niño, gato y piano. Mi segundo libro se había quedado ya a la venta y nuestro empleo en una universidad de la ciudad escasamente glamorosa a la que vinimos a dar corría a partir de agosto, así que me dediqué a la historia del hombre y el gato antes de que comenzaran las clases: por más que me disgustara la idea de terminar de escribir esa muerte, un sentido